

—¡No! ¡No y no! Las palmas académicas, si quieres. Soy diputado. No pago nada. Aquí está mi medalla.

—Bueno. Pero como tú has sido lo suficientemente necio como para olvidar tu reloj en la mesa de luz, me quedará con él. Y en paz. La cuenta está saldada. Si no ordenas otra cosa, voy a dormir.

Oscar buscó en el bolsillo del chaleco. Su reloj de oro, en efecto, brillaba por su ausencia. Aun cuando estaba borracho, conservaba el instinto de la propiedad. Miró a la mesa de luz, ávidamente. El reloj no aparecía. Entoneces, comenzó a enfurecerse, y gritó:

—¿Dónde está el reloj?

—¡Búscalo!

Y con desenvoltura, la mujer se metió entre las sábanas, indiferente ya a las posibles contingencias.

Oscar, en la habitación — poco complicada; un toilette, un armario de espejo, un chiffonier, dos sillas — practicaba una pesquisa minuciosa. Acostado en el suelo, sobre el vientre, levantaba la alfombra para mirar debajo: ¡Nada!

—¡Cómo! ¿No te has ido todavía? — preguntó Antonieta.

—¡La prevengo — articuló Oscar — que bajaré a buscar una pareja de vigilantes! Y cuando sabrán quién soy, adivino la cara que va a poner usted. Yo soy el Gobierno, no lo olvide.

—¡Oh! ¡El Gobierno... ah! ¿No has terminado? ¿Crees que vas a atemorizarme con tus amenazas? ¡Eres diputado como yo soy florista!

Oscar se sentía con el cerebro más lúcido. Las desgracias aclaran. Y aun cuando lo abatía la pérdida de su cronómetro, tenía aún el espíritu bastante libre para que su vanidad pudiera reaccionar ante aquel insolente escepticismo.

—¿Qué no soy diputado, yo? ¿Yo? ¿Yo?

Y sacó del bolsillo una cantidad de sobres dirigidos a su nombre, y papel de cartas con el membrete de la Cámara; y su medalla de representante del pueblo, que rodó sobre la alfombra; una cinta tricolor salía del bolsillo del pantalón. ¡Era grotesco, pero irrefutable! Y Antonieta reflexionó y razonó: porque en fin, era realmente un diputado, aquel individuo! ¡Uno de los seres que todo lo pueden! ¡Casi un monarca!

Así pues, Antonieta buscó bajo la almohada el cronómetro de Oscar y se lo tendió:

—¡Escucha! ¿Por qué te has enojado? ¿No tienes plata? ¡Tanto peor para mí: debía haberlo comprendido, al elegirte. ¡Aquí está tu reloj! Ya ves que no soy mala.

Cuando Oscar se vió de nuevo en posesión de su reloj, y seguro de que nada faltaba en sus bolsillos, que no le reclamaban recompensa alguna, se sintió lleno de magnanimidad. Antonieta, prosiguió:

—¡Solamente... ya que tú me lo has prometido, dámelas! ¡Dame las palmas! ¿Qué arriesgas dándomelas? ¡Nada te van a costar! ¡Y cómo me enviará la patrona!

Oscar Fraisier, diputado por la Marne-Inferior, no es un mal sujeto, a pesar de su intimidad con el dinero. Escribió con cuidado en su libreta de anotaciones el nombre de su nueva amiga, que le había procurado sucesivamente emociones tan diversas.

Y cuando algunos meses más tarde, los diarios publicaron el nombre de los condecorados con ocasión del 14 de Julio, figuraba entre los nuevos oficiales de academia:

Señorita Antonieta Chipot, de París, artista lírica.

Porqué, "lírica".

Esté relato es histórico.

R/6/11/14
23.12